

*La realidad*

El libro de la realidad / Arturo Arango / Tusquets, 2001

La historia –la fábula– que cuenta la novela es sencilla: un grupo de jóvenes cubanos, cuya composición se ha decidido en un recodo impersonal e invisible del poder, se prepara para la lucha armada en otros sitios del mundo. Cada uno siente o cree, a su manera, que se trata de un compromiso ineludible; de un compromiso lo bastante importante para desecharse sus vidas actuales en función de esa lucha. Quién, además, podría decir que no. Los que los han elegido conocen sus vidas; las conoce y modula, de ahora en adelante, el Instructor.

Ésa –que leemos en peripecias cotidianas– será por unos meses su realidad; lo será todavía –para ellos, país ignoto– la tierra en que desembarcan y disparan y corren y uno muere (la muerte es lo bastante seria para detener el juego, es la frontera que los devuelve a la otra realidad, la realidad, o que los arroja al horror). El país ignoto no lo era, sino el suyo propio: sólo una ficción de entrenamiento, un último ejercicio (“Han cumplido el entrenamiento de manera satisfactoria, dice, palmea los hombros, abraza a Alejandro, Así responden los elegidos, da un beso a Miriam, Han demostrado su valor y su destreza en esta última maniobra”).

Quizá tras esa muerte sea su propia realidad la que más pueda serlo: ignota, ficción, experimento torpe: un entrenamiento riguroso para una meta sin asidero, un juego donde hay muertos y se involucran vidas. ¿Acaso toda realidad no lo es, ensayo paradójicamente definitivo, ensayo que es él mismo la puesta en escena siempre postergada? ¿Qué realidad? Y de ella, ¿qué puede contarse? ¿Y cómo?

Más o menos compleja que sus formulaciones, depende cuál, la realidad es el territorio de la naturaleza, la densidad –más allá de lo llano o lo complejo, de la superficie y el fondo– que cobija la estadía en el mundo.

La realidad, que es también o sobre todo sus formulaciones, suele salvarse en instancia

última de su entramado de palabras y de ideas: cualquier palabra –cualquiera de las formulaciones de la realidad– deja entrever o suponer o a salvo, para convalidar lo real, las que no fueron dichas, esto es: a las otras, distintas o aun enfrentadas u opuestas, y a las mismas, las que pudieron formar parte de lo dicho pero se desecharon o elidieron (la palabra en barbecho) o no vinieron a cuento, sin más.

En la tradición de la literatura llamada, con mejor o peor acierto, realista, pesa tanto la referencia a determinadas circunstancias como las maneras –la formulación: las selecciones del discurso, las visibilidades y ausencias selectivas– de esa referencia: de las maneras depende el casi siempre desacertado adjetivo, los *realismos*, pongamos por caso, *sucios* o *socialistas* o *mágicos*. De la novela de Arango, por suerte, cualquier adjetivo de esta guisa sobra. De hecho, ¿por qué estamos hablando de *realismos*?

En una literatura como la cubana, por lo menos en la segunda mitad del siglo XX, lo referencial –los *realismos*– han primado no sólo como tendencia visible, avalada por el canon crítico, sino como parámetro de valor y como modelo impuesto o sobrepuesto a sus lecturas (y hay que subrayar que lo adjetivable, el discurso, pesa tanto o más aquí que la circunstancia a que atañe). Sería difícil soslayar esto ante una novela cuya trama transcurre en su totalidad, por así decir, en el meollo de la Historia; de hecho, soslayarlo sería más bien un *tour de force* retórico para decir lo que prefiero decir sin trampas, que es lo menos que merece un libro también sin ellas, pleno en su desnudez: la realidad es, aquí, otra cosa, ésa tan densa que se salva de cualquier formulación o cualquier discurso, porque deja siempre entrever a través suyo los otros.

O sea, lo que ya sabíamos, que se trata de literatura: la realidad es aquí, en el mejor sentido del término, su escritura. Para mejor entendernos: una escritura bien lejana de aquella otra que

pretende reflejar o mostrar (que pretende la transparencia del discurso); aquí no, aquí hay opacidades (la realidad, a fin de cuentas, es opaca, su densidad es la que hace posible el intercambio de sus formulaciones sin desmedro de su entidad última). Pero sin dejar de nombrar, decir, aquello que pareciera innominable, el proceso mediante el cual el poder —amparándose en la utopía, él mismo fuente de legitimidad y derecho— fuerza los límites del juicio para hacer devenir demoníaco lo que se prometió angélico. O, dicho de otro modo, una escritura que consigue contar una realidad secuestrada, a través del proceso mismo del secuestro.

La postulación de la realidad, entendida en trabada relación con la historia, ha conocido en la literatura cubana de los últimos 40 años dos formulaciones básicas, si la reducimos a sus extremos. Una, que pudiéramos llamar épica apologética, se sustenta en el comentario narrativo de determinados episodios como pretexto para desplegar un discurso de fondo, de un signo o de otro (esto es, la historia pasa frente a sus personajes para mostrar la bondad o maldad, casi siempre propuestas como intrínsecas —se trata de una épica fundamentalista— del devenir histórico de la isla); la otra, llamémosle lírica hagiográfica, se centra en los individuos que padecen estos sucesos y suele regodearse en una suerte de catálogo de circunstancias y sus correlatos interiores, según su signo, de felicidad o desdicha convenientemente explícitas. Ambos extremos, salvo excepciones, suelen entreverar la realidad con la realidad política, o más bien: disponer cualquier otra circunstancia real a la luz (o las sombras) de la circunstancia política cubana. Si bien hay muchos matices en medio, pocas de las novelas escritas en la última década, de aquellas a las que interesa claramente la relación entre el individuo y la Historia, escaparían a esta tipificación. A las pocas excepciones hay que sumar este libro, con el elemento añadido de que en la novela de Arango la asunción es frontal, inmediata: es la Historia la que hace posible y sostiene, como andamiaje de toda la trama, un texto cuya escritura versa sobre el envés de la Historia, sobre historias: sobre la condición humana más que sobre la condición histórica. *El libro de la realidad* hace replantearse —en su eficacia narrativa, en la eficacia de una postulación autosuficiente de lo histórico: en la trabada imbricación entre la una y la otra— la relación triangular entre los textos (la escritura), la Historia (una cierta escritura o un discurso) y los hombres (la escritura del bien o del mal, si eso quiere decir algo, y su lectura: una ética, tanto activa como pasiva).

Se trata, a fin de cuentas, de entender, explicarse, el Mal, la metamorfosis entre la ten-

tación del bien y su realización aberrada: una realidad fantasmagórica —si se la mira desde fuera, o en lógica cabal— pero que suplanta a las otras y cobra cuerpo de única realidad. Claro, que no es la única: entretejidas, están las otras, todas las demás, conformando el manto que ya sabemos de infelicidades y silencio. La novela de Arango explora la articulación misma, la bisagra, digamos, entre el mundo y esa realidad sobrepuesta —sobreimpuesta— a aquellos donde, en última instancia, se realiza y refrenda cualquier realidad: los individuos, el ser humano. No conozco otro libro en la reciente literatura cubana que revele con mayor claridad —en su despliegue interior del secuestro del ser— los mecanismos de suplantación de la realidad de que hablamos, y que llevan marcando durante años las realidades de la isla. Esa claridad debe mucho a lo no dicho, a la ausencia de juicios explícitos de valor; si hay un atisbo de discurso en este libro, éste se compone de ausencias, de la relación entre elementos eminentemente narrativos (esto es, no discursivos, no asertivos). Pero la relación entre esos elementos hace cobrar cuerpo —aun en lecturas muy distintas de ésta, sospecho— a una presencia tan densa como la propia realidad, tan compleja como el territorio de la naturaleza y el hombre.

*El libro de la realidad* remite (me remite a mí, lo menos, y por razones en cada caso distintas) a otros dos libros: *Ensayo sobre la ceguera*, de Saramago (dicho sea de paso, la prosa de Arango recuerda bastante lo mejor de Saramago), y *El amante del volcán*, de Susan Sonntag. Quizá el acierto de la novela de Arango consista en establecer el itinerario exacto entre lo humano —lo mejor y lo peor de la condición humana en una circunstancia alienada, eso que tan bien despliega Saramago en la suya—, y las dobles del sueño de la redención, del poder que trastoca el bien y el mal y los medios y el fin al amparo del Gran Objetivo —la cultura, la revolución, la clase, ese *estar a la altura de la circunstancias* que pone en escena el libro de Sontag.

